

CAPÍTULO XXI

El día estaba despejado, el pronóstico del tiempo no lo calificaba de excesivo calor lo que supondría un excelente día para viajar, Alba había sido telefoneada que en pocos minutos pasarían a recogerla. Plantada en la acera delante del portal con una bolsa de viaje los esperaba con la natural excitación que produce toda aventura o todo aquello que rompe la rutina cotidiana.

Era media mañana, aunque se decidiese con anterioridad la partida más temprano, por unas o por otros se retrasó un par de horas, retraso que no supuso para nadie contrariedad alguna, se iban de vacaciones, tenían derechos totales sobre su tiempo y ninguna obligación ni deber excepto el de utilizarlo como les viniese en gana. Por su acera se acercaba el conocido cuenta chistes, estudiante de medicina, en ese momento era la persona a quien menos deseaba encontrar, siempre se había mostrado amable con ella y ella le había correspondido de igual manera, manteniendo una cierta distancia que impedía que ese trato pudiese ser tomado como amistad. Cuando estuvo a su altura la saludó con aspavientos como solía hacerlo, veo que vas de viaje, le preguntó, y a dónde, volvió a preguntar, sin dejarle tiempo a que respondiese a la primera pregunta. A propósito, conozco un chiste buenísimo, iba un cura conduciendo su nuevo Audi, que había comprado unos meses antes con el dinero recaudado en los oficios durante las fiestas patronales, por la autopista a 190 km/h, lo para la policía de tráfico a la que el helicóptero de control le había indicado el vehículo infractor. Al verificarle el policía al sacerdote que en tal kilómetro iba conduciendo con un exceso de velocidad alarmante. El cura preguntó como lo había sabido, a lo que el policía respondió sentencioso señalando con el dedo índice los cielos o las nubes. Esto viene de arriba. A lo que el cura respondió. Hombre, a mí con esos cuentos.

Alba no pudo menos que sonreír, no queriendo hacerse más expresiva, pues de hacerlo sabía que le endilgaría uno o dos chistes más.

En ese momento la furgoneta de color marrón oscuro brillante se paraba subiéndose a ella rápidamente, con una ligera despedida de su conocido cuenta chistes. Partieron hacia Lisboa eligiendo el itinerario de la antigua carretera nacional, pasarían por todos los pueblos y pequeñas ciudades que la jalonaban, parándose donde se les antojase. Con la autopista ahorrarían tiempo, el viaje sería menos fatigoso, pero no les compensaba por lo relajado del romántico viaje que esperaban realizar.

Esa noche pernoctaron en Coímbra, escogieron el hotel da Quinta das Lagrimas. La leyenda cuenta que allí dieron muerte a Inés de Castro mujer de Pedro, hijo del rey, por orden de su padre. Pedro, que después de derrocar a su padre, hizo desenterrar el cadáver de su amada, lo colocó en el trono y la coronó reina después de muerta.

Al día siguiente pasearían por Coímbra visitarían la hermosa biblioteca y las románticas aulas de su vetusta universidad. Después de la cena, Alba que conocía la ciudad por haber estado en ella varias veces los condujo a locales frecuentados por estudiantes, el ambiente universitario los atraía porque era su natural ambiente de estudio y de vida.

Llevaron una pequeña decepción, en la medida que esperaban algo más que la nueva preocupación del alumno por el aprobado, esperaban encontrar en su lugar al estudiante aplicado al estudio académico, pero también preocupado por el estudio de la vida y por las cuestiones sociales.

Con algún grupo hubo conatos de entablar conversaciones, el desinterés por el enfoque de los temas y por los temas mismos les hicieron desistir de seguir intentándolo.

El químico expresó.

– Es una peste, en todos los países los perros ladran igual, si le quitas el idioma, es idéntico de banal el estudiante de Coímbra que el de Santiago de Compostela.

Permaneció unos instantes en silencio y añadió,

– Es triste, pero debo reconocerlo, de nuestra generación somos los últimos estudiantes con garra, no digo con pureza de sangre ni con raza porque sonaría a nazi, pero a pesar de mi juventud me siento a veces como un dinosaurio en medio de quienes me rodean.

– Alba asintió, es un sentimiento contradictorio que albergamos en nuestro interior, sentimiento que marca la diferencia, querámoslo o no, con los demás compañeros de estudio, tardamos en darnos cuenta de lo que sucedía porque fue un proceso que lentamente fuimos individualmente gestando y que todavía se encuentra en evolución pero que ya comienza a dar sus frutos como ha sido el estudio que hemos realizado.

Se encontraban sentados en una terraza bulliciosa, rodeados de estudiantes que ocupaban mesas similares bebiendo cerveza, la noche con una temperatura cálida añadía encanto al festivo bullicio estudiantil pero no pasaba de ser un festivo bullicio.

Belén bebió un buen trago de su cerveza, pasó un dedo por las comisuras de los labios por si le había quedado algún resto de espuma y apostilló.

– Mi preocupación consiste en que desconozco cómo va a ser la explosión revolucionaria que como es natural deberá producirse después de esta evolución, de no producirse ese parto o esa revolución individual práctica, me convertiré en un ser anodino, sin luz propia, aunque pueda ser adornado con ropajes de brillo y dar el camelo a otros seres anodinos como yo, de producirse la revolución no tengo ni la menor idea de cómo será, y lo que es más grave, no sé cómo reaccionaré llegado el momento.

El físico, que ya había vaciado su segunda cerveza, le cogió una de las manos,

– Espero que no interrumpas esa evolución y que en el momento del parto no arrojes a la criatura que durante tantos años te has preocupado de cultivar, criatura que no es otra que tú misma, por la borda del navío en el que navegas. Como estaré a tu lado, si flaqueas o dudas en esos momentos cruciales, tendrás fuerzas que se unirán a las tuyas.

– Romántico, todo muy romántico –dijo Marta –, pero la cuestión es realmente seria.

– Es cierto, dijo Belén, la cuestión es realmente seria, ahora era ella quien sujetó con fuerza la mano de él y si tú dudas y flaqueas al mismo tiempo que yo, en lugar de

fortalecernos nos debilitamos mutuamente. He ahí como consecuencia, dos seres anodinos llevando una vida anodina, pero con una aparente luminosa felicidad, me olvidaba añadir con somníferos para dormir y ansiolíticos y antidepresivos para aguantar el día.

– David intervino, no debemos ser tan jodidamente trágicos, todo eso puede suceder, cierto es, la compra social puede ser muy halagüeña y la venta a su vez muy tentadora, pero siempre está en manos de uno el aceptarlo o rechazarlo, en eso consiste la voluntad. Pero voy más lejos todavía, si la evolución tenida ha sido auténtica, en el momento crucial, cuando llegue la respuesta habrá de ser sin lugar a dudas igualmente auténtica.

Alba que con las dos cervezas de la terraza y otra que había bebido en otro local ya estaba con los ojos brillantes, por su falta de hábito con la bebida, exclamó.

– Así se habla machote, que pelotas tiene mi novio.

La carcajada de la mesa despertó la curiosidad de los nuevos vecinos que, a pesar de lo bullicioso del ambiente, hablaban en voz más bien baja, como es la costumbre del buen tono en Portugal.

– El químico se puso en pie, voy a cambiarle el agua a las cerezas, dijo mientras se alejaba en busca del aseo.

Pidieron otra consumición al camarero, a partir de ese momento se dedicaron a saborear la cerveza, cruzar frases intrascendentes y disfrutar sin más de la plácida temperatura nocturna y del bullicioso ambiente estudiantil.

Había transcurrido casi la media hora, el químico no había regresado, el físico y David fueron en su busca temían que le hubiese ocurrido algún percance, pero como el físico estaba situado frente a la puerta del local y no había visto actividad alguna que llamase su atención restaba importancia a su retraso.

Volvieron a la mesa únicamente a los dos.

– ¿Dónde está? Inquirió Belén, preocupada a ver que no venía con ellos.

– Está cerveza en mano camelando a una portuguesa o está acompañado por una portuguesa que cerveza en mano está camelando a un español, tomarlo como más os guste, respondió el físico. David añadió, la portuguesa es despampanante, jodidamente despampanante.

Alba hizo un rápido gesto adusto y replicó, – No será para tanto, lo que tú estás es un poco chispita.

David que realmente estaba algo achispado, insistió, – Es realmente despampanante, y buscó la corroboración del físico, que afirmó en voz alta, remedándole – Despampanante, jodidamente despampanante.

Belén le dijo al físico, estás tonto o que te pasa y dirigiéndose a Alba, vamos a curiosear, Marta se levantó para acompañarlas manteniendo a duras penas la compostura.

Pasaron delante de él y observaron con descaro a la muchacha mientras se dirigían al baño, unánimemente coincidieron. Pues sí que es despampanante la jodida.

Marta riéndose mientras apoyaba su espalda contra la pared malamente pudo pronunciar, menos mal que tenéis novios con mal gusto.

– Otra que está piripi, le espetó Alba.

Al oírla Marta tubo un ataque de risa que estuvo a punto de vomitar la cerveza.

Comunicaron al químico que se iban a dormir.

Se levantaron tarde, el viaje, la hora tardía y sobre todo la cerveza los hizo dormir hasta el mediodía. La sorpresa la tuvieron cuando se encontraron al químico en compañía de la muchacha de la noche anterior saliendo de la habitación y presentándola, su nombre era María Gonçalves. Si no tenían inconveniente la invitaría a comer con ellos.

Antes de comer, y que allí dicen almorço, visitaron, haciendo María Gonçalves de cicerona, la universidad, la biblioteca y la iglesia románica, fortaleciendo los músculos de las piernas subiendo por las empinadas cuestas de sus calles.

Comieron en un buen restaurante, el químico deseaba impresionar a su reciente amiga.

Por la tarde se dirigieron a Conímbriga, María había finalizado sus estudios de historia del arte, y gracias a sus explicaciones realizaron una visita guiada a las excavaciones de la antigua villa romana. Durante la visita se cruzaron con adolescentes acompañados por una profesora que exteriorizó en voz alta a sus alumnas, que no le importaría vivir en esa época y bañarse en esa piscina, las jovencitas adolescentes asintieron realizando algunos comentarios, imaginándose como si estuviesen en las películas que los yanquis ficcionan sobre los antiguos romanos.

– Al oírlos María les dijo, si vivieseis en época romana seríais esclavas. Durante el día tendríais que trabajar con dureza bajo vigilancia y por las noches hacinadas y sujetas con cadenas.

Los adolescentes se alejaron contrariados, las palabras escuchadas los trajo a la realidad rescatándolos de la evasiva ensoñación.

– Marchaos, marchaos, ahora vais calentitos, dijo, dirigiéndose al químico y a sus amigos, añadió, los profesores aprovechan todas las ocasiones para introducir tonterías en las cabezas de estos muchachos.

– Belén apostilló ¡los padres!, sus familias, no se quedan detrás en la labor de entontecimiento.

– Naces niño, dijo Marta casi suspirando, te educan como niño, vives como niño y mueres como niño. He ahí la biología social humana, infantilizada en toda su existencia.

Tenían pensado marcharse al día siguiente, pero el químico les convenció para que se quedasen dos días más, había lugares hermosos y dignos de ver en los alrededores de la

ciudad, además de la propia ciudad en sí, que tan antigua como era, albergaba grandes misterios.

Marta escuchaba con complaciente sonrisa, y le preguntó.

– ¿Desde cuándo te has hecho un consumado conocedor de Coímbra?, por mi parte creo que María compensa todas esas maravillas que nombras.

El químico pasó los dos días siguientes como si estuviera en el jardín del Edén. Por las noches ejercitaban lo físico hasta que exhaustos quedaban dormidos uno en los brazos del otro, actuando durante el día la química que en ellos había reaccionado físicamente durante la noche.

Si el español vivía con la cabeza a la altura de las nubes la portuguesa no vivía mucho más abajo. El físico fue quien hizo el comentario, parecen dos nubes de algodón de azúcar.

María Gonçalves tenía enamorado, término que por tierras españolas dicen novio, varios años llevaban de relación, él había empezado ese año como colaborador de un periódico de la capital y vendría a Coímbra en los días siguientes de ahí el tiempo que el químico necesitaba para estar con su reciente amiga. Por su parte ella le había explicado que a partir de ese día no deseaba que se vieses más, ya que suponría para ella contradicciones morales insalvables o la ruptura con su enamorado, cosa que no estaba dispuesta a hacer por alguien que, aunque le atraía hasta el delirio no dejaba de ser un desconocido. Mientras se lo decía gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas, rogándole que no le pusiese más difícil la situación de lo que ya estaba. Pensó él en ofrecerle su vida, en declararle su amor incondicional, en asesinar al periodista haciéndole tragar paquetes y paquetes de periódicos. Respetó sin embargo la decisión de la mujer por quien bebía los vientos, como suele decirse, pero con la promesa por parte de ella de que si rompía relaciones con el periodista se lo comunicaría sin tardanza. Le regaló un libro con las cartas de amor de Pessoa a su joven enamorada, las cartas de amor son estúpidas, escribía Pessoa, sino no serían cartas de amor. En los números de algunas páginas pintó un círculo rojo, todos ellos formaban su número de teléfono.

Durante el trayecto a Lisboa permaneció el químico en silencio, ensimismado, sus colegas permitieron que saboreara el dulce amargor de la pasión amorosa que alcanza estados poéticos cuando esta se nos representa inalcanzable.

Por la calle María atraía la mirada del hombre y la envidiosa mirada de la mujer. El hombre la miraba, unos con deseo otros con la simple contemplación de la belleza, pero la mirada de la mujer hacia ella era siempre la misma, una mirada comparativa llena de odio destructivo por no poder ser como tú, si pudiesen la romperían en mil pedazos como la reina del cuento de Blancanieves hizo con el espejo mágico.

Por su parte, ella no se consideraba especialmente hermosa, viendo sin embargo en otras mujeres bellezas y atractivos de los que ella creía carecer, una voz timbrada y rítmica la embelesaba, podría permanecer escuchándola durante horas, una voz femenina con esas características era la que deseaba para sí, pero lejos de envidiarla, la admiraba y gustaba de permanecer al lado de otras muchachas con ese timbre de voz, aunque fuesen las mayores tonterías las que se estuviesen diciendo. Era consciente de las miradas que

atraía, pero fuesen miradas de hombre o de mujer, le daba exactamente igual, acostumbrada desde la infancia a los halagos físicos casi llegó a desear no tener un físico que diera motivos para halagos y miradas. Durante una época se hizo distante, en otra época huraña, tuvo que desistir al poco tiempo porque no era su carácter, finalmente se encontró cómoda riéndose internamente de la tontería externa. Todo esto que a cualquier mujer le hubiese encantado poseer, en ella había generado, a pesar de su natural expansividad, no poca timidez.

El químico tenía una hermosa voz grave y era buen conversador. Si la puerta de entrada al corazón de una mujer es a través del oído, en ella acertó de pleno. La razón de su atracción por la voz ajena tenía su secreto, ella tenía un tono agudo que disimulaba y corregía engolando la voz y hablando despacio.

«Quen non veu Lisboa, non veu cousa boa» dicen sus habitantes, y tienen razón en decirlo, la ciudad es bonita como hermosos son las poblaciones que la rodean. Cómodamente instalados, disfrutaron de la ciudad durante varios días, seguidamente realizaron excursiones a Sintra, Cascais, Estoril, Cabo de Roca a la que denominan como la nariz de Europa por ser el punto más occidental del continente. Alternaban un día de excursión con otro de relajada vida urbana, algunas noches escuchaban fados en locales no demasiado frecuentados por turistas en el barrio alto.

El agradable clima de la ciudad les incitaba a permanecer largo tiempo en las terrazas de los bares de las muchas y encantadoras plazas. Alba tenía predilección por la sangría, a menudo los demás consumían lo mismo. Marta por su parte tenía una intensa predilección por el pan de Deus, siempre que podía se comía uno, a veces dos, prefería los de una pequeña confitería en la que siempre se encontraba algún cliente comprando el pan de Deus. Los primeros días frecuentaban los lugares turísticos, los cafés que en otros tiempos frecuentaban escritores como Quental o Pessoa.

Pasada la primera semana fueron alejándose de la atractiva Lisboa turística y adentrándose lentamente en el vientre de la ciudad. Cierta día en una pequeña plaza del barrio alto sobre un bloc dibujaban a lápiz y carboncillo dos jóvenes de mayor edad que ellos, curiosearon los dibujos que tenían buena traza y frescura de interpretación, los invitaron a un café y como les parecieron agradables de trato acabaron convidándolos a cenar.

Por su parte ellos, que eran pareja sentimental, les mostrarían la auténtica Lisboa al día siguiente y esa misma noche los condujeron a los cafés que ellos y otros artistas creativos y artistas del espectáculo frecuentaban. Un grupo de extranjeros entre los artistas, aunque sea una cosmopolita ciudad como Lisboa, siempre es novedad y causa expectación.

En la capital como en las ciudades de provincia, la monotonía y la rutina, dominan las vidas de sus habitantes, el frívolo ahoga su angustia, que nunca llega a reconocer por ignorancia de ella, en la diversión nocturna si tiene dinero suficiente. Los empleados de servicios, que ahora se denominan del sector terciario las ahogan con el trabajo, con la visita al bar de su barrio y con el necesario descanso para el trabajo del día siguiente, el funcionario funcionarea en su ministerio y funcionarea igualmente fuera de él. Estas personas son inconfundibles en todas las ciudades del mundo. La pequeña minoría del mundo artístico y de la farándula mantiene un comportamiento bohemio que se extiende

a la vida nocturna, sin mezclarse con maleantes y gentes con mañas de antiguos fadistas que estaban prontos a dirimir sus diferencias con peleas y a cuchilladas. En el mundo de la bohemia artística los personajes son variopintos, los hay con talento, los hay juerguistas con el nombre de músicos, los hay divertidos, los hay de rostro serio y de pocas palabras como guardando el secreto de su sabiduría. Los del mundo del espectáculo son los más fantasmas de todos ellos, se pavonean como pavos reales cuando conocen a alguien nuevo, el resto del tiempo debido a su terrible ignorancia permanecen en silencio y como suelen poseer buena memoria, ponen como suele decirse la oreja, archivando todo lo que oyen para repetirlo a su vez en otro lugar, quedando como sesudos ante papanatas sesudos como ellos. También hay genios que lo son porque lo dicen ellos, también finalmente completan el grupo algún vividor que con su natural don de gentes ameniza e improvisa poniendo el toque picaresco a la velada, es una mitad showman, bribón, bufón y maestro de ceremonias, pero con buen fondo. El denominador común a todos ellos, hombres y mujeres, suele ser el andar justos en su economía, inconveniente que solventan invitándose al café unos a otros según se le haya terciado el día. Con frecuencia se les une algún periodista de los de papel o de audiovisuales como ahora se les llama, conscientes de su nulo protagonismo como profesionales, se sienten crecidos con su nómina mensual ante la incertidumbre del artista bohemio de bolsillos rascados.

En locales que tenían piano tocaban todo tipo de música, cantaban lied o alguna canción tradicional o fados, estos últimos raras veces. De vez en cuando a altas horas de la noche, al cerrarse el local se quedaban dentro porque el dueño o el camarero, conocido de ellos, permitía seguir la francachela uniéndose a ella.

Una noche que esto sucedía, David hizo traer al camarero varias botellas de wiski a la mesa para libación general, reponiéndolas a medida que se vaciaban.

Una de las chicas que actuaba en teatro se desnudó haciendo un estriptis, con arte, pero con la natural torpeza proporcionada por el alcohol, acabó dando un traspiés con su cuerpo desnudo sobre Alba y David.

Una poeta la imitó, pero sin arte alguno, cuando intentaba desprenderse de la braga cayó contra una mesa y derribando todo lo que su cuerpo encontraba en su caída. Hubo que incorporarla magullada, no paraba de reírse, anestesiada por el alcohol las molestias habían sido amortiguadas. Un músico las siguió en el espectáculo, pero lo ayudaban en la parodia del estriptis la pareja de pintores que habían conocido, causando admiración la inusual dimensión de su miembro, no pudiendo resistirse a la tentación de manosearlo. La pareja de homosexuales pintores a los que se les unieron los estriptis anteriores, que con la curda que tenían, si el pene era abrumadoramente grande, ellas viéndolo doble les parecía descomunal. ¿Dónde tenías guardada esta elefántica joya? Le repetían entre risas.

La pareja de pintores se retiró y empezaron a realizar dibujos en su bloc, del que ninguno se separaba. A pesar del tremendo pedal que tenían los trazos de sus bocetos eran firmes y con destreza captaban actitudes sorprendentes, verdaderamente poseían un ojo pictórico extraordinario. Los tres cuerpos desnudos con las manos en los hombros dieron comienzo a la danza de la conga a la que se le unieron el resto del equipo desplazándose y cantando por todo el local y más que bailando, sujetándose unos a otros.

Amanecía cuando abandonaron el local, cada cual se sostenía como podía concentrando todos los músculos de su cuerpo y la energía de sus mentes en permanecer

erectos y en no arar las aceras con la nariz. La actividad que permanece oculta a los habitantes daba comienzo a esas horas, los pequeños camiones de reparto aparcaban delante de los establecimientos cómodamente y sin interrumpir el tráfico de los automóviles utilitarios, trabajadores del mercado caminaban somnolientos hacia sus puestos de trabajo, repartidores que se movían frenéticamente aprovechando el tiempo al máximo. Unas horas más y la ciudad cobraría un nuevo ritmo de actividad, tendría la vida diurna que todas las ciudades tienen, comercios abiertos con sus jóvenes dependientes atareados en recolocar una y otra vez las prendas que nuevos clientes vuelven a descolarles otra vez, cafeterías, bares, restaurantes, confiterías, supermercados, peluquerías y clínicas dentales y poco más hay que mencionar en la vida diurna de una ciudad. Si a todo esto se le añade el funcionario empleado en organismos oficiales, tenemos el completo de lo que es una capital y su vida diurna, variando su monótono transcurrir, la representación de una nueva obra de teatro, una nueva película galardonada y bien publicitada. Pero todo esto ya corresponde al atardecer, que es el preámbulo de la vida secreta de la ciudad que se oculta tras los lugares de ocio y diversión, que abren sus puertas con la noche cerrada al mundo oculto de las pasiones sublimadas.

Si durante el día la ciudad se mueve con una actividad frenética, con automoción, autobuses, intermitentes luces de semáforos, regido todo ello por Cronos como divinidad omnipotente, durante la noche este Dios es apartado con maneras corteses, pero haciéndole entender que su compañía es molesta. Su lugar es ocupado por Sileno, por Pan, Príapo, Venus, Ménades y las vacantes y sobre todos ellos marcando las pautas y el ritmo nocturno el divino y por todas las demás divinidades mimado, Dionisio.

El grupo español durante la noche había ingerido cerveza, comparada con la ingesta del alcohol de alta graduación de los otros, podría decirse que habían consumido agua mineral, a pesar de ello, al hablar, sus lenguas se perdían en sus bocas como si en ellas hubiera un laberinto de callejuelas. Como podrían disimular su deplorable estado intentando mantener todos ellos porte y distinción ante los pocos transeúntes con los que cruzaban. Presencia e imagen, ante todo, exclamaba uno que tocaba el oboe. Sí, eso, presencia imagen y compostura, le apostilló otro que se había matriculado en magisterio, cuando previamente lo había hecho en arquitectura y con anterioridad en físicas.

David y el químico introdujeron a todos en dos taxis para que los llevaran a sus domicilios, dándoles un billete de cincuenta euros a cada conductor. Ellos prefirieron dirigirse al hotel caminado y poco a poco con el frescor de la mañana disipar los vapores alcohólicos de sus cerebros. A mitad del camino, Alba le susurro a David, una noche de hacer el amor perdida. A lo que David respondió, pospuesta que no perdida, como somos cumplidores, el trabajo que hoy no se ha hecho mañana deberá doblarse.
